

Las transformaciones de la conducción.

Los aportes de Gabriel Tarde al pensamiento políticos

Ana Blanco*

Victoria Haidar**

Resumen

El artículo presenta y pone en discusión los aportes que, desde la perspectiva de las ciencias sociales, Gabriel Tarde realizó a la problematización de la “conducción” entendida desde la matriz de pensamiento que constituye la noción de “imitación”. Desplegados en un doble registro de análisis, tanto lógico-abstracto como histórico-social, en la lectura que aquí proponemos tales aportes se expresan en cuatro direcciones principales. En primer lugar, en la postulación de la relación “conductor-conducido” como una premisa ontológica de toda sociedad humana. En segundo lugar, en la afirmación de

* Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Docente de las carreras de Sociología y Ciencia Política de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

** Doctora en Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires (UBA), investigadora adjunta (CITRA-CONICET-UMET) y docente de sociología (FCJS-UNL; FHUC-UNL).

Código de referato: SP.287.LIV/21
<http://dx.doi.org/10.22529/sp.2021.54.01>



STUDIA POLITICÆ  Número 54 invierno 2021 pág. 5-36

Recibido: 01/05/2020 | Aceptado: 09/09/2020

Publicada por la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
de la Universidad Católica de Córdoba, Córdoba, República Argentina.

la primacía (lógica e histórica) de las formas de conducción unilaterales por sobre las recíprocas. En tercer lugar, en la caracterización de las transformaciones que experimentan las prácticas de conducción a partir del desarrollo de la modernidad, tanto como el reconocimiento de la ultra-actividad, en las sociedades post-tradicionales de la “fascinación política”. Y, en cuarto lugar, en los tempranos planteamientos que Tarde realizó en relación con la metamorfosis en las técnicas de persuasión política.

Palabras clave: Gabriel Tarde – conducción – imitación – público – propaganda política.

Abstract

The aim of this article is to present and discuss the contributions that Gabriel Tarde makes to the problematization of “conducting”, understood in relation to the matrix of the notion of “imitation”. Unfolded in a double register of analysis - logical-abstract and historical-social -, in the reading that we propose here, his contributions recognize four main directions. Firstly, in the postulation of the “conducting” relationship, as an ontological premise of every human society. Secondly, in the firm statement of the primacy (logical and historical) of the unilateral forms of conduction over the reciprocal ones. In the third place in the characterization of the transformations that conducting practices assumed since the development of modernity, as well as the recognition of ultra-activity, in post-traditional societies, of “political fascination”. And, fourthly, in the early approaches that Tarde made regarding metamorphosis in the techniques of political persuasion.

Keywords: Gabriel Tarde – conducting – imitation – public – political propaganda.

Introducción

El objetivo de este artículo es presentar y poner en discusión los aportes que Gabriel Tarde¹ realizó a la problematización de la “conducción”. En la lectura que aquí proponemos, dicho término agrupa la trama

¹ Gabriel Tarde (Sarlat, 1843 - París, 1904) proveniente de una familia nobiliaria vinculada históricamente con el ejercicio de la justicia, estudió Derecho en Toulouse y París. Una vez graduado, retornó a su ciudad natal donde comenzó su carrera como magistrado, llegando a ser juez de instrucción. Su actividad profesional no fue un obstáculo para el desarrollo de una prolífica obra, publicó más de una decena de libros y numerosos artículos en prestigiosas revistas de la época. Sin haber ejercido antes la docencia académica, en 1900 fue nom-

de reflexiones que, en la obra del autor, giran en torno a lo que él mismo consideraba un “hecho universal”, común a todos los “modos de existencia” (Souriau, 1943/2017, físicos, biológicos y humanos: esto es, la actividad en virtud de la cual un “elemento” o “estado de fuerzas” dado (que en los modos de existencia social encuentra soporte en un individuo o grupo de individuos) se expande o incide sobre otro/s elemento/s o estado/s de fuerzas modelando, guiando, ordenando o sujetando sus conductas en una dirección definida por aquel elemento que oficia de “conductor”. En estrecha relación con el concepto de “imitación”², noción cardinal que atraviesa toda la obra tardeana, la problematización de la conducción se articula con los diversos y yuxtapuestos léxicos e ideas de los que Tarde se nutre: “magnetización”, “sonambulismo”, “hipnosis”, “sugestión” y “contagio”³.

Así, de la mano de la sistematización y el análisis de las elaboraciones que la experiencia de la conducción suscitó en un *corpus* de textos del intelectual francés, el trabajo aborda una serie de problemas recurrentes en disciplinas como la sociología política y la ciencia política (varios de los interrogantes

brado titular de la cátedra de Filosofía Moderna en el Collège de France (cargo en el que, tras su muerte, se desempeñará Henri Bergson). En vida gozó de un amplio reconocimiento que se extendió incluso por fuera de las fronteras de Francia, pero que decayó abruptamente tras su muerte, quedando condenado a un largo olvido que, en las últimas décadas, fue revertido por la relectura y reedición de sus textos.

² Matriz de análisis central en su obra, en el prólogo a la segunda edición de *Las leyes de la imitación* define la imitación como la acción a distancia de un espíritu sobre otro (Tarde, 1895/2011a). En su perspectiva, la sociedad se constituye a partir de la propagación de una acción originalmente individual que es reproducida y generalizada por la imitación de otros individuos.

³ Preferimos utilizar la noción de “conducción” como eje articulador de los desarrollos que Tarde realizó al analizar las diversas modalidades y efectos que tiene la “expansión” de un cierto elemento sobre otro/s (o, dicho de otro modo, del hecho de que en todo momento algunos elementos/fuerzas son gobernados por otros) a la noción de “posesión” que Didier Debaise (2008) emplea como categoría heurística para captar una gama muy amplia de relaciones de sujeción. Mientras esta última remite al universo de la religión (ámbito del que, según explicaremos, Tarde extrajo elementos para pensar la incidencia que algunos individuos tienen sobre otros), la noción de “conducción” permite enfatizar la dimensión política del problema a partir del cual revisitamos los escritos tardeanos siendo, a su vez, lo suficientemente porosa como para hacer lugar a las otras significaciones (religiosas, militares y pedagógicas) del mismo problema. Asimismo, en continuidad con un diálogo abierto ya por Deleuze (2014), releer, como hacemos aquí, un *corpus* de textos tardeanos a partir de la problemática de la “conducción” teje un puente entre dicho material, producido hacia fines del siglo XIX, y los dichos y escritos que Michel Foucault consagró, a lo largo de la década de 1970, a desentrañar la cuestión del “gobierno”.

implicados en los debates acerca del “liderazgo” y de la “autoridad”) que, sin embargo, han sido escasamente explorados en la bibliografía que en los últimos años se ha dedicado a “rehabilitar” (Mucchielli, 2000) diversos aspectos de su obra. La consideración de tal problemática nos llevará, asimismo, a poner en circulación *Les transformations du pouvoir* (1899)⁴, un texto que, hasta el momento, ha quedado relativamente al margen de la oleada de relecturas de los que han sido objeto, en los últimos años, los escritos del contemporáneo de Durkheim (Milet, 1972; Joseph, 1984; Alliez, 1999; Lazzarato, 1999, 2018; Latour, 2002, 2009).

Para la época en la que Tarde se refirió a las relaciones de conducción y al rol social de los líderes –tanto en su libro de sociología política, como en todo un *corpus* de trabajos publicados, en su mayor parte, a lo largo de la década de 1890 (entre los que se destacan los escritos relativos a las multitudes criminales y a la opinión)–, la cuestión del ascendiente que ciertos individuos tenían sobre otros era objeto de intensos debates en los diversos dominios de saber en los que abreva el pensamiento del francés: los estudios criminológicos y socio-jurídicos relativos a los comportamientos de las masas, las discusiones médico-psicológicas en torno a la hipnosis y la sugestión, la psicología social y la sociología (Sazbón, 2014)⁵. Sin perder de vista que, por su cercanía a problemáticas filosóficas, criminológicas, sociológicas, psicológicas y económicas, la producción tardeana se vuelve patrimonio de múltiples tradiciones (Nocera, 2011), aquí pondremos el foco, principalmente, sobre las reflexiones, vocabularios y conceptualizaciones de corte sociológico y psico-social que el autor propuso para entender la relación conductor-conducido/s.

⁴ El mencionado libro es el resultado de dos cursos que el autor impartió en 1896 y 1898, respectivamente, en la *École libre des Sciences Politiques* y en el *College libre des Sciences Sociales*. A la fecha, continúa inédito en español.

⁵ Hacia fines del siglo XIX y principios del XX las fronteras entre las incipientes ciencias sociales y humanas y los discursos biológicos, médicos, psiquiátricos estaban muy lejos de ser claras. Términos claves tales como enfermedad, contagio, hipnosis, sugestión, magnetismo, fascinación, etc. (que Tarde no deja de utilizar en sus textos, de manera muchas veces complementaria al concepto de raigambre sociológica de imitación) aparecen por entonces en un amplio repertorio de autores con intereses teóricos diversos. Fiel exponente de las preocupaciones de su época, el autor de *Las leyes de la imitación* puede ser leído en serie con sus contemporáneos; operación de lectura que ensayan, entre otros, Moscovici (1981), van Ginneken (1992), Borch (2012) y Geroulanos (2014).

Haciéndose eco de los desarrollos de su contemporáneo Alfred Espinas⁶, Tarde resalta que la política es uno de los rasgos que distinguen la actividad de las sociedades humanas de aquella de las sociedades animales. Sin constreñirla a las particularidades de la jefatura política de los Estados, se preguntó por las modalidades que la relación conductor-conducido/s asume en diferentes esferas de la vida social evidenciando que en ella reside, ni más ni menos, que la cifra de lo social. Para problematizar tal relación el intelectual se sirvió, como veremos, de varios de los conceptos y términos a partir de los cuales se ha intentado aprehender, en distintos ámbitos de saber y períodos históricos, la experiencia, en sí misma esquivada, en función de la cual una fuerza “captura” (de un modo que puede ser total o parcial, unidireccional o recíproco) a otra.

Lejos de pensarlo como excrecencia espontánea de los intercambios mercantiles, explicar la producción y reproducción del orden social exige, desde la óptica del autor, atender a las metamorfosis que experimenta la conducción. Así, Tarde propuso pensar que el punto de paso obligado en la formación de las unidades sociales (tanto individuales como colectivas) era la imitación. Tal desafío lo llevó a explorar las transformaciones en las modalidades a partir de las cuales ciertos individuos, que se presentan como modelo a imitar, influyen sobre otros. Sin negar que factores tales como el temor y el engaño deben ser considerados a la hora de desentrañar las relaciones de poder y de autoridad, insistió en que la clave explicativa de la “impresión ejemplar” (Tarde, 2011a, p. 215) que ciertos hombres ejercen sobre otros radica siempre en los sentimientos de amor, admiración y respeto que –irrigados por la creencia en la superioridad que despierta el “prestigio”– dichos hombres suscitan en aquellos que los siguen.

Así, puesto que lo que nos interesa es explorar la relación de conducción en los diferentes posicionamientos que esta asume en el edificio teórico tardeano, a lo largo de este artículo se trabajará sobre sus desarrollos considerados en un doble registro de análisis: por un lado, el lógico-abstracto y, por el otro, el socio-histórico.

En consonancia con lo anterior, los argumentos que presentamos en el primer apartado del trabajo se ocupan de explicitar las dimensiones teóricas más sa-

⁶ Las obras de Espinas, primer sociólogo universitario de la Tercera República, tuvieron una gran repercusión entre sus contemporáneos. Ello en cuanto a que se proponían estudiar la vida colectiva de los animales como “propedéutica a la sociología humana” (Lalande, 1925, p.117).

lientes del tratamiento que el autor otorgó a la conducción considerada como un universal cultural o premisa ontológica de toda sociedad. Consideraremos, entonces, inicialmente, los presupuestos y referencias históricas de carácter general a partir de los cuales tal premisa adquiere “carnadura” en los textos tardeanos. Nos referiremos, asimismo, al léxico y a las conceptualizaciones a las que el contemporáneo de Durkheim apeló para caracterizar la relación de conducción marcando los desplazamientos que la aproximación propuesta por el autor involucró respecto de algunas de las asunciones que, hacia fines del siglo XIX, marcaban los debates acerca de la hipnosis-sugestión.

Por su parte, los planteos que estructuran el segundo y el tercer apartado del trabajo presentan, en sus aspectos medulares, las elaboraciones que Tarde dedicó a la misma problemática, si bien “inficionadas” tanto por la preocupación sociológica por dar cuenta del “cambio social” como por el interés socio-político que despertaron en el autor ciertos fenómenos sobresalientes de su coyuntura.

Así, en el segundo apartado reconstruimos las grandes orientaciones que, en la perspectiva del autor, experimentara la conducción en el pasaje desde las sociedades tradicionales a las sociedades modernas. Sin perder de vista la ultra-actividad de la forma singular de imitación que constituye, según veremos, la “fascinación”, los textos tardeanos, obsesionados por el movimiento, encuentran en la “mutualización”, la “personalización”, la “desmaterialización” y la “racionalización” los trazos del semblante “moderno” de la imitación.

Focalizado sobre el contrapunto que en *Les transformations du pouvoir* Tarde establece entre los medios antiguos y contemporáneos de comunicación política (contrapunto que corre paralelo a una de las díadas conceptuales que más productividad teórica tuviera en su obra, esto es, la distinción entre la forma de agrupación social que constituían las “multitudes” y aquella que constituían los “públicos”), el tercer apartado vuelve sobre las reflexiones que le suscitara uno de los exponentes más destacados de aquella (su) actualidad: el gobierno de la opinión a través de la prensa. El artículo se cierra con unas breves reflexiones finales.

1. La conducción como relación social elemental

La sociología de Gabriel Tarde parte de la afirmación de que la vida social es un incesante fluir de creencias y deseos, “corrientes múltiples de ejemplares

que se cruzan, interfieren, anastomosan” (Tarde, 1899, p. 9). Desde esta perspectiva, los grupos e individuos no son más que composiciones contingentes e inestables, efectos o resultados de una negociación entre tales fuerzas impersonales que los constituyen tanto como los desbordan⁷.

Si la vida social es un constante devenir, el rol de la política no puede ser otro que el de dirigir tales corrientes de creencias y de deseos, ya sea para contenerlas o para activarlas, “en el sentido de la mayor convergencia y de la menor divergencia” (Tarde, 1899, p. 9)⁸. Declinando la teoría social de la teoría política, Tarde entiende que la genealogía de toda relación social se remonta a la imposición de una fuerza, cantidad o estado dado de creencias y deseos sobre otra fuerza o estado. Lejos de tratarse (como en las teorías del contrato social) de una suerte de prótesis que se añade a posteriori al fluir incesante de la vida, la política es, en el marco de la obra tardeana, un rasgo constitutivo de toda relación. Como señala Lazzaratto, para el contemporáneo de Émile Durkheim, en “cada interacción, ya sea comunicacional o práctica, ya sea que se refiera a la dimensión molar o molecular, se es conductor o conducido” (2018, p. 98).

Así, el par conductor-conducido asume en la obra tardeana el estatuto de una relación social elemental en la que uno de los términos o elementos se presenta como modelo y el otro como su copia. En todos los períodos históricos (tanto en las sociedades primitivas como en las modernas) y en cualquier ámbito de interacción (ya sea la familia, la escuela, el taller, el partido, etc.) es posible identificar el funcionamiento de ciertos elementos-jefes, centros o focos particulares que, ávidos de expandirse, logran instituirse como puntos de vista privilegiados (el amo sobre el súbdito, el maestro sobre el discípulo,

⁷ Este énfasis puesto en la multiplicidad, en el devenir (antes que en la identidad o en la estabilidad), bien puede ser leído como parte de un gesto inaugural por superar la dicotomía individuo/sociedad, tan cara para la teoría sociológica (Deleuze, 2009; Deleuze y Guattari, 2002).

⁸ Tarde valoraba especialmente la “unanimitad” entendiéndola como la forma de ampliación continua del círculo social, el motor mismo de la civilización (valoración que contraponía expresamente al culto desmedido que tanto socialistas como liberales realizaban de la oposición, ya sea en la forma pura de la guerra o en aquella sublimada de la competencia). No obstante, tal preferencia no implicaba afirmar el ocaso de la personalidad individual. En su visión, por el contrario, la unanimidad viene acompañada de una nueva diversificación, opera como condición para la búsqueda y expresión de diferencias cada vez más sofisticadas que emergen de las renovadas combinaciones de ideas y pasiones procedentes de los variados focos que se ofrecen como polos de irradiación de ejemplos a ser copiados.

el profesor sobre el alumno, el padre sobre el hijo, el líder sobre la masa, el periodista sobre el público, etc.).

Mientras el elemento que asume la posición de jefe “comanda”, “dirige”, “ordena”, aquel que cae en la órbita de su voluntad expansiva lo obedece, sigue, reproduce. Es tal interacción la que, reiterada cada vez, aporta la clave de inteligibilidad para la constitución de las unidades sociales, esas “composiciones móviles” que son los grupos, las masas, los públicos, no menos que los individuos⁹. Entendidas como el efecto de la coordinación (siempre precaria e inestable) de relaciones imitativas, las unidades son eslabonamientos, estabilizaciones de ejemplos, desatadas por el “temor amado” (Tarde, 2011a) que engendra el prestigio de aquel que se considera superior o bien por la simpatía, o bien, en mucho menor medida, por la coerción¹⁰.

En línea con la primacía que luego en el discurso inaugurado por Freud asumiría la figura del padre, para Tarde la sociabilidad también comienza con una imposición unilateral de deseos y creencias. Desde su más tierna infancia, los individuos toman como propias las voliciones de los hombres enérgicos y autoritarios que les ofrecen aquello que les falta: una “dirección” (Tarde, 2011a). Así, los imitan en sus formas exteriores e interiores, no solo en la acentuación al hablar o en los gestos, sino también en las formas de pensar y de desear (porque el propio deseo es mimético y se transmite por imitación).

De este modo, el complejo tejido de imitaciones que constituye toda sociedad principia, en términos ontogenéticos, en una relación autoritaria que presu-

⁹ La concepción de la sociedad como un compuesto en la que ciertos elementos-jefe funcionan como puntos de vista privilegiados es, ciertamente, una marca legada por la lectura de la monadología de Leibniz. Sin embargo, el singular maridaje que el jurista de Sarlat produjo entre esa propuesta filosófica y un pensamiento acerca de lo social lo llevó a afirmar la necesidad de abandonar la hipótesis de un Dios garante de la armonía y concebir a las mónadas como elementos abiertos, siempre-ya en relación entre sí. De este modo, el énfasis tardeano ya no estará puesto en una certeza de estabilidad, sino en las variaciones que asumen esas permanentes capturas, las formas de apropiación recíproca de todos por cada uno (Blanco, 2016).

¹⁰ En términos más generales, Lazzarato (1999) caracteriza la perspectiva tardeana como un vitalismo político, en el que la vida aparece siempre-ya inscrita en relaciones de poder. Es más, añade que, a diferencia de la propuesta durkheimiana que reconduce la fuerza impersonal que actúa normativamente sobre los individuos a una trama común de representaciones constituidas colectivamente, Tarde pone el foco en el despliegue de una serie de apuestas y batallas políticas llevadas a cabo subjetivamente, y saldadas por la victoria de una fuerza sobre otra. En síntesis, no hay principio rector constituido de antemano (Lazzarato, 2018).

pone la existencia de una diferencia entre elementos “fuertes” y “débiles”¹¹. Un foco de irradiación de ejemplos se establece cada vez que un individuo animado por una voluntad expansiva, por una avidez de conquista, consigue imprimir sus propósitos o ideas a otros convirtiéndolos en adherentes de una (alguna) fe, en cultores de un hábito o una pasión que, de ese modo, trascienden al individuo que funge como “inventor”.

Con el desarrollo de la personalidad individual y de la civilización, las corrientes de creencias en la superioridad de un hombre, vinculadas con la necesidad de credulidad y docilidad que solía satisfacer la autoridad paternal, encuentran satisfacción en otros sujetos, pero en ningún caso desaparecen (Tarde, 1889). Si la autoridad del padre es un mojón insoslayable en el proceso de formación de las unidades colectivas e individuales, la familia funciona, en la obra de Tarde, como una usina de generación y distribución de poder hacia otras instituciones sociales. Incluso en las sociedades más igualitarias, la unilateralidad subsiste siempre sobre la base de la iniciación social en tal grupo primario.

El lazo complejo que constituye toda forma de contrato en virtud del cual dos voluntades se mandan y obedecen sucesivamente es, a decir del autor, un “nudo lento en su formación” (Tarde, 2011a, p. 457) que no se configura, sino tras un largo primado de la obediencia pasiva a órdenes. De la imitación de los padres, los maestros y los individuos que se suponen encarnan alguna cualidad excepcional se pasa a la imitación de los pares; la obediencia derivada de la necesidad de protección precede a la imitación horizontal inspirada en sentimientos de camaradería.

Empero, cabe puntualizar que aun en las formas de conducción que se muestran más unilaterales, aquellas que asumen la forma de la obediencia, nunca es solo el sentido del deber el que las explica: este tiene que ser leído siempre entremezclado con otros sentimientos, entre los que sobresalen la confianza y el amor. Así, el padre es “modelo supremo” para el hijo tanto porque este se

¹¹ Optamos por expresar la diferencia que preexiste a la relación de conducción en términos del par “fuertes-débiles”, aunque no hace entera justicia al modo en que Tarde entendió tal desequilibrio (esto es, en términos de la diferente intensidad en la potencia de imprimir y recibir la impronta de deseos y creencias que exhiben, al comparárselos, dos espíritus, elementos, fuerzas o singularidades), para resaltar el hecho de que, más allá del énfasis que el autor depositó en la simpatía y en los vínculos asociativos que se derivan de ella, su teoría política emplaza la “diferencia de fuerzas” en el *arché* de lo social. Dejando de lado el sueño de la anarquía, posibilidad disponible solo para los “fuertes” (1889, p. 24), el gobierno se impone al común de los mortales como opción inexorable.

lo representa como un “oráculo infalible” (Tarde, 2011a, p. 312) como porque lo ama en un sentido incondicional y no correspondido. Y “todo lleva a creer”, sostiene el autor, que no solo al comienzo de los vínculos filiales, sino en el origen de las grandes civilizaciones, ha habido “empleo extraordinario de amor, y de amor desgraciado, apenas mutuo” (2011a, p. 315).

Sin reducir la inversión “amorosa” al plano de los gobernados, en una nota a pie de página incluida en el capítulo final de *Las leyes de la imitación*, Tarde puso en duda la centralidad que en la comprensión de la “ley suprema de la imitación” había atribuido a la ambición. Se preguntó si detrás de la tendencia de cada cosa a extenderse infinitamente no había, más que una avidez inmensa y universalmente extendida, un “gasto infinito de amor” siendo que lo propio del amor consistía en “decir y repetir siempre la misma cosa” (Tarde, 2011a, p. 455). Amor, entonces, hacia el superior a quien se admira y en ocasiones también se teme; amor en el mecanismo mismo de la repetición y también cierto disfrute. Con este último término nos referimos al placer de “imitar por imitar” que el autor atribuye a los hombres primitivos y a los niños (Tarde, 2011a) y cuyo registro refuerza la idea de que lo que efectivamente cuenta para la construcción de lo social es la mimesis.

Son varias las disciplinas, tradiciones intelectuales y vocabularios a los que el autor apela a la hora de construir su noción de imitación (Vargas, 2000). Retoma los debates de la física y la biología, la criminología y la filosofía para hallar en las teorías y prácticas psiquiátricas de la hipnosis el paradigma de la formación de la personalidad y de la forma más elemental de relación social (Tonkonoff, 2016). Si bien el léxico de sus textos se nutre de términos que se corresponden con diversos imaginarios y núcleos de debates (sonambulismo, anastomosis, magnetización, apropiación, contagio, entre otros) la figura clave sobre la que se apoya, y que irá trabajando a través de desplazamientos semánticos progresivos, es la de sugestión hipnótica (Tonkonoff, 2016). En efecto, tal como señala en *Las leyes de la imitación* (Tarde, 2011a) tal matriz analítica permitió al autor “darse una idea” de aquello en lo que consistía la “acción intercerebral a distancia”, a la cual consideraba el problema “elemental y fundamental” de la “psicología sociológica”.

Siguiendo la minuciosa lectura de Bruno Karsenti (2010), no puede pasarse por alto que la asociación que aquel establece entre la relación social y la relación hipnótica es de tipo analógico y que esta última funciona, en su obra, como una herramienta heurística, una suerte de “tipo ideal” de relación entre dos sujetos separados artificialmente de cualquier otro vínculo. Consideremos, en esa dirección, la siguiente cita:

Supongamos un hombre que, sustraído en hipótesis a toda influencia extra-social, a la vista directa de los objetos naturales, a las obsesiones espontáneas de sus diversos sentidos, sólo tenga comunicación con sus semejantes y, en primer término, con uno de sus semejantes para simplificar la cuestión; ¿no es en éste sujeto en el que convendría estudiar, por la experiencia y la observación, los caracteres verdaderamente sociales de la relación social, libre así de toda influencia de orden natural y físico que pudiera complicarla? El hipnotismo y el sonambulismo ¿no son precisamente la realización de esta hipótesis? (Tarde, 2011a, p. 206).

Vinculado con lo anterior, mientras en el marco de las escuelas psiquiátricas las conceptualizaciones de la hipnosis estaban ligadas a la idea de un foco hipnótico (el hipnotizador) y tendían a pensarla como una práctica que capturaba por entero al hipnotizado, el sociólogo francés asumía, por el contrario, que, capilarizada socialmente, la sugestión admitía diversos gradientes los cuales dependían de toda una serie de factores.

Por un lado, los influjos sugestivos podían actuar de un modo total o parcial de conformidad con el *quantum* de conciencia con el que los sujetos se veían sumergidos en esa “cascada de imitaciones sucesivas y encadenadas” que conformaba la sociedad. En ese sentido, por ejemplo, en *Las leyes de la imitación* Tarde (2011a) establece una sutil distinción entre la “timidez”, forma de inmersión en la vida social en la que los individuos se abandonan de manera semi-consciente e incompleta a sus corrientes de influencia, y la “magnetización”, relación en la que, por el contrario, el magnetizado se encuentra sujeto, de manera inconsciente, a los designios del magnetizador.

Por otro lado, el autor también consideró la posibilidad de que, apoyándose en los propios recuerdos¹² o bien en percepciones exteriores, el sugestionado opusiera resistencia al sugestionador asumiendo, tal resistencia, la forma de sugerencias antagonistas. Es que acuerdo a la lógica a partir de la cual explica el funcionamiento de las sociedades, lejos de escabullirse a los efectos de la imitación, las conductas oposicionales deben entenderse como contra-ejemplos o formas de imitación invertida. Considérese la siguiente cita como ejemplo de la perspicacia que el autor demostró para descubrir formas “encubiertas” de imitación:

¹² El sujeto se produce en la coexistencia y tensión entre aquellas impresiones, percepciones e ideas que hereda y los deseos suscitados por un foco de atracción exterior.

Al espíritu de partido, tan enraizado en el corazón del Hombre, se une esa necesidad de falsa originalidad que posee la mayoría de nuestros contemporáneos y que explica su indisciplina, disfraz de su rutina; me refiero a esa tendencia a creerse original porque se defiende lo contrario de la opinión común, o del ejemplo común; eso es aún una manera de imitar, y no la menos extendida en las sociedades orgullosas en las que se vanaglorian de no copiar al vecino o al superior, incluso en lo mejor (Tarde, 2011c, pp. 97-98).

De allí se comprende la advertencia que realiza Tarde (2011a): independientemente de las características que asuma la relación de imitación (conscientes o inconscientes, reflejas o espontáneas, voluntarias o involuntarias), no puede negarse el poder de su accionar. Y lo fundamental radica en atender que la imitación siempre opera respecto de *algo* (una idea, un sentimiento, un argot, una entonación, un modo de vestir, de distraerse, etc.) que “hasta cuando parece tener una relación esencial con el sujeto que la alberga [como sucede en el caso de la imitación de hombres que se suponen investidos de “prestigio”] es capaz de multiplicarse y reproducirse fuera del propio sujeto, de transmitirse a otros” (Coccia, 2011, p. 81).

Tal énfasis resulta comprensible si tenemos en cuenta que al igual que intelectuales de la talla de Hippolyte Taine¹³, Théodule Ribot y Pierre Janet, con los que dialogó abiertamente, Tarde puso en discusión concepciones del “yo” y de la “conciencia” largamente arraigadas en la tradición filosófica y religiosa. Lejos de ser una unidad monolítica, una sustancia simple, en su visión el sujeto es un compuesto inestable, una sedimentación de una multiplicidad de estratos de sensaciones, conceptos, hábitos que ha adquirido en los encuentros con los otros y con la naturaleza; una pluralidad de relaciones jerárquicamente estructuradas, en donde unas fuerzas mandan y otras obedecen (Lazzarato, 2018).

Y, sin embargo, al caracterizar a los líderes, el intelectual francés no consiguió escapar del todo a una visión esencialista (y cuasi mística) del prestigio

¹³ Según argumenta Remo Bodei (2016) antes que Tarde, pero también que Nietzsche y que Freud, Taine fue el primero en reconocer “científicamente” que el yo no es más que un “agregado” de elementos (sensaciones, representaciones, pequeños estados nerviosos, según las conceptualizaciones) que, no obstante, cooperan entre sí y en donde la conciencia es el resultado de la hegemonía, siempre inestable, conseguida por uno de los múltiples focos de sensaciones, imágenes etc., en los que el yo se compone.

ni del carácter¹⁴. Es así que, en *Las leyes de la imitación*, lo encontramos refiriéndose al conductor como un “hombre naturalmente prestigioso”, que a menudo es “seguido por miles de personas que lo copian en todo y por todo y le toman su prestigio, en virtud del cual obra sobre millones de hombres inferiores” (Tarde, 2011, p. 213). Mientras que en el libro que dedicó al estudio de la oposición, escribió:

La tendencia, la aptitud del individuo a imprimir sus creencias y deseos en aquellos que lo rodean o a recibir la impronta de sus creencias y deseos, es uno de los rasgos de carácter más innatos y constitutivos; se nace conductor o conducido, profesor o discípulo, amo o súbdito (Tarde como se citó en Lazzarato, 2018, p. 99).

Tanto en *Las leyes de la imitación* como en *Les transformations du pouvoir* Tarde se esforzó por desglosar el “prestigio” enumerando, entre sus posibles causas, la fuerza corporal, la riqueza, la ilustración extranjera y la elocuencia. Sin embargo, al igual que Le Bon (1895/1986), quien en *Psicología de las masas* se refiere a este como un “poder misterioso”, no dejó de llamar la atención acerca de la incertidumbre que (aún hoy) rodea a tal noción:

No se sabe por qué, exactamente, un hombre es influyente y prestigioso, al igual que no se sabe por qué un hombre tiene el don de hipnotizar. Algunos hipnotizadores sumamente maravillosos sólo son espíritus mediocres, mientras que algunos médicos del más alto mérito fracasan en todos sus intentos de hipnotización (Tarde, 2015a, p. 101).

Así, cuando el prestigio es estatutario, copiar es una manera de apropiarse del superior, de incorporarse a él y participar de forma cuasi mágica de su existencia; mientras que, en el caso del prestigio conseguido a través de una determinada performance, la imitación constituye el medio en virtud del cual los gobernados se apropian del atributo particular que distingue al superior (Lazzeri, 2016)¹⁵; sin que, claro está, el sujeto imitado se transforme o pierda el atributo o rasgo reproducido.

¹⁴ En la lectura de Lazzarato (2018) los pasajes en los que Tarde reconduce las invenciones a la obra del genio, recayendo en el individualismo banal que tanto critica en otras partes, responden fundamentalmente a la intención de polemizar con los socialistas y su teoría “niveladora”.

¹⁵ En ese sentido las reflexiones de Tarde anticipan las tesis defendidas por René Girard (Lazzeri, 2016).

Sostenido en el contexto de una sociología que procura destituir la oposición individuo-sociedad y que se funda en la interrogación acerca de las condiciones que permiten la expansión de la creatividad, el énfasis que Tarde depositó en el carácter lógica y moralmente necesario de la autoridad personal o, en otros términos, en la figura del líder, debe ser adecuadamente calibrado.

Sin prescindir de los líderes Tarde despoja a la conducción de todo halo romántico. Tras pasar revista por los variados criterios que, a lo largo de la historia, han configurado distintas clases de liderazgos, llega a la conclusión de que las cualidades que, en cada época y en cada país, hacen a un hombre superior son las que mejor lo habilitan a comprender los descubrimientos y explotar las invenciones preexistentes (Tarde, 2011).

De allí la importancia de subrayar que quienes funcionan, en determinadas situaciones, como focos de irradiación de ejemplos, como modelos a copiar para otros, no se encuentran “por afuera” de la dinámica de las imitaciones o, para decirlo en otros términos, quien oficia de conductor también es afectado por los contagios de las ideas y pasiones que se encuentran en circulación en el medio social.

En una tesis que décadas más tarde Foucault (1996) desplegaría en *La vida de los hombres infames* (entre otros textos)¹⁶, Tarde destacó el papel que las “pequeñas invenciones”, fruto de la actividad anónima de una multiplicidad de productores ignotos, tienen en el desarrollo de las “grandes ideas” que luego, en el transcurso de la historia, suelen asociarse a algunos (grandes) hombres o nombres propios.

Todos los grandes hombres no han debido su fuerza más que a las grandes ideas de las cuales han sido ejecutores más que inventores, y que las más de las veces han sido inventadas por una serie de pequeños hombres desconocidos (Tarde, 2011, p. 216).

Así, no puede pasarse por alto que, en la visión del autor, todo individuo creador es ya también el resultado de una sedimentación que lo antecede y excede: “Pensemos siempre en todo lo que hay de social en lo individual y todo lo que hay de individual en lo social. Nada menos contradictorio que esas dos verdades complementarias” (Tarde, 2011b, p. 77).

¹⁶ Como apunta Deleuze, Foucault tiene un gusto extraordinario por lo que él mismo llama en *Vigilar y Castigar* “pequeñas invenciones sociales” (2014, p. 36).

En este marco, entonces, toda acción conductiva (se trate del gobierno, la prédica o la enseñanza) debe ser considerada un encuentro y un *complexus* de imitaciones diferentes, precedentes (Tarde como se citó en Lazzarato, 2018, p. 228), que se actualizan y reavivan por efecto de un nuevo agenciamiento o cruce involucrando, siempre en parte, la repetición imitativa de actos habituales tomados de los padres o de los predecesores. Si algo como la sugestión es posible es en función de la existencia de un “cierto potencial de creencia y deseo inmovilizado en recuerdos de todo género, dormidos, pero no muertos, que esta fuerza [la del sugestionador] aspira a actualizar” (Tarde, 2011, p. 114).

Así, aun forjada en el fuelle de las fuerzas psicológicas que constituyen los deseos y las creencias, la autoridad no se entiende como capítulo de la tragedia particular de ciertos hombres, sino como el resultado del encuentro beligerante o cooperativo entre fuerzas cuyas intensidades, aceleraciones y desaceleraciones es menester cartografiar y calcular. Ver en cada coyuntura cómo se producen esas articulaciones (inestables) entre la creencia en la aptitud tutelar y directriz de quien ocupa la posición de jefe (Tarde, 1899), el placer de ser dirigido y protegido y el amor con el que está investida esa relación de repetición.

2. Las vicisitudes históricas de la relación de conducción: hacia un diagnóstico de su época

Además de enfocar la conducción desde un ángulo teórico-abstracto, presentándola como una relación social fundamental, en varios de sus escritos Tarde se ocupó de abordarla desde una perspectiva socio-histórica. Este segundo registro de análisis se articula, según veremos, con otra de las tareas que el autor dio en cumplir a su sociología: producir un diagnóstico de su época.

En el corpus de textos en los que tal encuadre histórico adquiere protagonismo, queda de manifiesto que el propósito de reconstruir las transformaciones que experimentarían las relaciones de conducción en el pasaje de las sociedades tradicionales a las modernas está inficionado por el deseo de ahondar la comprensión del presente. “Veremos de ordinario en nuestro mundo igualitario”, apunta Tarde (2011a, p. 213), que la relación de modelo a copia es recíproca o alternativa.

Sin asumir esa (su) actualidad como evidencia, el autor se aboca a contrastarla con otras configuraciones pasadas, teniendo siempre en mientes lo que, en

su edificio teórico, funge como presupuesto ontológico: el carácter fundante que la imitación de una autoridad tiene para la socialidad. Como saldo de sus escauceos históricos, consigue identificar qué es lo que su presente tiene, efectivamente, de novedoso y qué del pasado persiste.

En franca polémica con los socialistas revolucionarios y los anarquistas que concebían, respectivamente, la violencia política de masas y el atentado individual y ejemplar contra la autoridad como herramientas de sus programas de emancipación social, el diagnóstico que Tarde ofrece de su época pasa por decretar la obsolescencia de la primera y la esterilidad del segundo. Así, en la visión conservadora del intelectual, los crímenes de las muchedumbres no solo resultaban sancionables porque engendraban desorden, sino, también, porque iban a contracorriente de la evolución social. Y esto puesto que Tarde encontraba en la masa, en su modo presencial de contagio y en sus líderes de barricada figuras del “pasado”. Tal como había quedado de manifiesto a partir del *affaire Dreyfus*, la novedad radicaba en la constelación que formaba la tríada público-periodista¹⁷.

Tanto los escritos que aluden especialmente a las temáticas criminológicas como aquellos que refieren a la cuestión de la opinión pública son centrales a la hora de comprender la atención que Tarde prestó a los vínculos diferenciales que se establecen entre conductores y conducidos en las masas y en los públicos.

Así, al analizar la conducción que se despliega respecto de la primera de las dos figuras, el autor repara en dos momentos: una instancia inicial en la que el líder parece construir la masa y un segundo momento en el que su conducta resulta contrabalaceada por la acción recíproca de aquellos que la constituyen. Ahora bien, mientras la conducción de las multitudes se despliega, en la opinión del autor, a partir de un vínculo de imitación vertical, por el contrario, el lazo que los periodistas establecen con el público es de carácter recíproco. Usualmente este se conforma de manera progresiva: líderes y públicos se “tantean”¹⁸ mutuamente hasta que se co-eligen.

¹⁷ Para un análisis pormenorizado del impacto del *Affaire Dreyfus* en los desarrollos tardeanos remitimos al texto de Salmon (2005).

¹⁸ Aprovechando la riqueza semántica del término, cabe agregar que, entre otras acepciones, “tantear” supone el desarrollo de acciones dirigidas a averiguar con mayor detalle las cualidades o intenciones de alguien; significación que se ajusta bien, pensamos, a los acercamientos preliminares entre un grupo y el periodista en el que reconoce un posible vocero y, en forma invertida, entre un periodista que ve en el primero un público (“su” público) potencial.

Mientras la acción de los periodistas resulta potenciada por la homogeneidad ideológica que caracteriza al público, la conducción de las masas puede convertirse en una tarea difícil, cuando a su movimiento se suman elementos heterogéneos. En todo caso, la “rebelión del coro” es una posibilidad abierta en las circunstancias de efervescencia social, tanto para el público cuando, habiendo alcanzado cierto grado de exaltación, actúa por los periodistas imponiendo sus puntos de vista a los gobernantes (Tarde, 2013), como para la masa, que en ocasiones extraordinarias se desempeña como un “sugestionador colectivo” (2015b, pp. 76-77) y consigue fascinar a sus antiguos médiums (Tarde, 2011). La consideración de tales escenas –en las que son los propios líderes los que resultan arrastrados en las direcciones impuestas por los públicos o las masas–, permite abonar lo dicho anteriormente: la problematización de la conducción que propone Tarde va más allá de una averiguación de los rasgos individuales del *meneur*, algo que queda especialmente de manifiesto cuando se interesa por la creciente reversibilidad que las relaciones de conducción asumen en las sociedades post-tradicionales.

Por otro lado, juzgaba equivocada la esperanza que los anarquistas depositaban en la desaparición de toda autoridad. Con franco tono polemista, señalaba que ellos mismos ofrecían una paradójica confirmación de la persistencia de la fascinación política:

Es notable que uno de los más sorprendentes ejemplos de esta virtud autoritaria inherente a ciertos hombres que se imponen como modelo, nos sea suministrado por la secta anarquista, teóricamente basada, sin embargo, en la supresión radical del principio de autoridad [...]. En ninguna parte, este papel ha sido desempeñado de manera más brillante ni más inexplicable que por el príncipe Kropotkine [...] Ravachol [...] ¿Y qué es, en suma, la propaganda mediante el hecho, preconizada por aquélla [...] sino la fascinación mediante el ejemplo? (Tarde, 2015b, p. 77).

El énfasis sobre los públicos no menos que el comentario irónico respecto de la *performance* ejemplar de los referentes anarquistas, constituyen notas claves para visualizar los rendimientos que Gabriel Tarde supo extraer de la lectura de coyuntura. Al pasar la cuestión de la conducción por dicho tamiz, logró identificar las modulaciones que esta experimentó de la mano de ciertos procesos de la modernidad. Paralelamente, la consideración de la historia le permitió reconocer las continuidades de ciertas formas (verticales) de dirección que, siendo dominantes en el pasado, persistían en las sociedades europeas de fines de siglo XIX.

Una apretada síntesis de lo que desarrolla tanto en el capítulo 3 de *Las leyes de la imitación*, como a lo largo de *Les transformations du pouvoir*, no puede pasar por alto la mirada puesta en los procesos de urbanización, la masificación y el desarrollo de las tecnologías de comunicación y transporte que permitieron la conexión a distancia, como procesos claves que, al ampliar el radio de lo social, transformaron sustancialmente las relaciones de conducción.

La modalidad vertical, personal, próxima, unidireccional, impuesta, sentimental y totalizante de la imitación¹⁹, en la que un conjunto de individuos, siempre relativamente limitado, resulta eclipsado por una figura que considera superior, habría dado lugar a otra modalidad horizontal, despersonalizada, distante, recíproca, elegida, parcial o debilitada y principalmente intelectual, de contagio. Modalidad en la que la influencia que los *meneurs* ejercen sobre un número indefinido de individuos se ve limitada por la incidencia que estos tienen sobre aquellos, así como por la circulación incesante de otras corrientes imitativas antagónicas u alternativas que disputan la centralidad del modelo a imitar.

Predominante en las sociedades tradicionales, Tarde (2011a) denomina “fascinación” a aquella forma de sugestión que involucra la fijación prolongada e inconsciente de muchos a un “punto brillante”. Relación de magnetización totalizante que suele estar asociada a la actuación de líderes “fuertes”, como Carlomagno, Carlos V, Mahoma y Napoleón.

Mientras la fuerza física, la inteligencia, la riqueza o la elocuencia constituían algunos de los vectores que coadyuvaban a desentrañar el ascendiente que ciertos hombres tenían sobre otros, el espectáculo de la fascinación exigía, en la visión del autor, prestar especial atención tanto a la “energía de la voluntad” (dimensión que, en el caso de los liderazgos fuertes, desempeñaba un papel mucho mayor que el de la inteligencia) como a lo que Tarde denominó, en términos genéricos, el “elemento físico”. Con tal expresión, que en sus escritos declina en “las particularidades de los rasgos, la fisonomía, la constitución corporal”, el autor procuraba aprehender la incidencia, tanto “inalizable” como “nefasta” (Tarde, 2015a), de la sexualidad en la conducción.

Así, para el intelectual que procuró objetivar la imitación, descubriendo las regularidades que la regían, la intervención que los cuerpos, en tanto investi-

¹⁹ La obediencia primitiva captura al individuo en su totalidad, no solo como persona sino como organismo, mientras que “en el presente”, la imitación es un acto consciente y querido (Tarde, 2011a).

dos sexualmente, tenían sobre tal mecanismo, resultaba no solo opaca, sino, asimismo, aciaga. Ello en la medida en que desviaba el curso de la imitación de sus vías “lógicas” hacia una vía “extra-lógica” orientándola a seguir el “peor ejemplo” en detrimento del “mejor” o el “más útil” (2015a)²⁰.

Así pues, si en las sociedades tradicionales la organización de la *imitatividad* era estructuralmente asimétrica y estaba concentrada sobre unos pocos modelos que oficiaban de focos indiscutidos a imitar (el rey, el noble, el sacerdote), la remoción de las barreras de fuero, estado o casta fue configurando una estructuración más igualitaria de la mimesis por la que todos los individuos podían ser, recíproca o alternativamente, copias y modelos (Tonkonoff, 2016).

Entonces, a medida que se reconfiguran las jerarquías, que las distancias sociales disminuyen (sin desaparecer, no obstante, por completo), la dirección que asumen las corrientes de ejemplos se modifica: quienes fungían, otrora, como modelos, se aprestan a copiar, a su vez, las formas de hablar, los gestos, el atuendo, etc., de aquellos que acostumbraban a seguirlos.

La emergencia de vínculos de imitación horizontales, esto es inter-pares²¹, limita las posibilidades de configuración de formas totales de captura factibles, en cambio, cuando la imitación se despliega en relación con un polo que se cree superior. La multiplicación de las corrientes imitativas que acompaña a la expansión de la socialidad en la modernidad brinda a los individuos la posibilidad de resistir a las sugerencias del grupo más próximo apoyándose en las corrientes imitativas que parten del grupo más vasto (Tarde, 2015a).

Asistimos, entonces, al espectáculo del “hombre de mundo” que reproduce el argot y la dejadez del obrero y de la mujer acomodada que “reproduce al cantar las entonaciones de la actriz” (Tarde, 2011a, p. 215) expresando uno y otro movimiento sentimientos de respeto y deferencia. La imitación que discurre “de abajo hacia arriba” presupone un concepto hereditario y en cierto

²⁰ De la mano de la consideración de la sexualidad Tarde se refirió al rol que las mujeres desempeñaban en la conducción de las masas, como “punto de apoyo”, de los líderes: “cuando las mujeres intervienen en las muchedumbres [...] y cuando contribuyen al arrastre llevado a cabo por los líderes, los efectos de esta alianza son invencibles” (2015a, p. 101).

²¹ Tarde destaca la importancia que revisten, para el simultáneo desarrollo de los individuos y de las sociedades, las relaciones imitativas horizontales. Así, alude a la educación que los niños se brindan libremente en las escuelas al imitarse unos a otros, los cuales, en opinión del autor, adquieren más importancia que la educación que “reciben y soportan por la fuerza”. (Tarde en Lazzarato, 2018, p. 93).

sentido “esencialista” de la autoridad, en cuanto este va atado a la persona que oficia de modelo. En cambio, la mimesis que asume el sentido inverso, así como aquella que se verifica inter-pares, se funda en la reciprocidad de “prestigios siempre impersonales, alternativamente ejercidos de individuo a individuo, de profesión a profesión” (Tarde, 2011a, p. 456).

Al aproximarse a dicho proceso de “mutualización” de la mimesis, vemos al jurista oriundo de Sarlat desplegar una mirada que combina una óptica descriptiva-explicativa con otra normativa. Ello es así porque el autor entiende el progreso de la civilización como un esfuerzo constantemente renovado por sustituir la posesión unilateral por la posesión recíproca. La reversibilidad virtual de los lugares y los papeles en las relaciones de poder (Lazzarato, 2018) es, en su obra, uno de los trazos que definen la modernidad.

No menos ligado que el anterior a la ampliación del círculo de iguales, pero condicionado, a su vez, por la aparición del periódico, el otro rasgo que, en su lectura, define la modernidad, está dado por la emergencia y expansión del público.

Así, de la mano de la ampliación, en extensión y profundidad, del radio de lo social, los focos de propagación de ejemplos se multiplican y diversifican. Mientras antiguamente el padre concentraba un cúmulo de “prestigios”, que hacían de él el foco de encarnación de la verdad y al mismo tiempo el dueño de la palabra, la modernidad había erosionado tal acumulación, dispersándola en mil canales de docilidades y credulidades diferentes, suscitadas por personajes tales como profesores, camaradas, amigos, extranjeros. De la “magnetización costumbre” se pasa a la “magnetización moda”: el hábito de creer en la palabra de los sacerdotes y los mayores es sucedido por el hábito de repetir lo que dicen los contemporáneos.

Tal diversificación suponía una desconcentración de la intensidad de las sugerencias, una debilitación de los ejemplos. Aunque los individuos no dejaban de estar sometidos a la potencia de la imitación, esta se hacía cada vez más personal y racional (Tarde, 2011a).

Sin embargo, es preciso advertir que el autor no piensa tales transformaciones en términos dicotómicos; la mutación desde formas totalizantes y autoritarias de imitación hacia otras recíprocas y elegidas no se produce sin restos. Ello es así porque la incidencia de las influencias “extra-lógicas”, basadas en el ascendiente que el prestigio tiene sobre los hombres es “todavía [...] muy considerable” (Tarde, 2011a, p. 217). En esa dirección, en *Les transformations du pouvoir*, el sociólogo advierte que los *meneurs* solo pueden guiar a

las grandes masas humanas por medio de deducciones lógicas hasta cierto punto, más allá del cual se topan con la resistencia de sentimientos y pasiones ancestrales (Tarde, 1889).

Es que la obediencia pasiva a las órdenes, costumbres e influencias de los ancestros no es reemplazada, sino neutralizada *en parte* por la sumisión a los impulsos, consejos y sugerencias de los coetáneos. Así, en el marco de la reflexión tardeana, la idea de que la modernidad implica mayor libertad y autonomía no es más que una dramática ilusión colectiva (Mucchielli, 2000): el hombre solo escapa al yugo de la costumbre, siempre de manera incompleta y provisoria, para volver a caer en él. Pero es la manera en que escapa y recae, así como el ritmo y la velocidad de cumplimiento de este ciclo, lo que, como apunta Lazzarato (2018), ha cambiado profundamente.

La expansión acelerada de flujos de opinión a distancia no disuelve, pero sí altera radicalmente, las divisiones tradicionales que organizaban la vida social de formas más estables. Una de las cuestiones en las que se detiene con especial lucidez es en la modificación que supone la aparición del periódico para los grupos primarios (incluyendo los partidos políticos, las escuelas artísticas, las iglesias, etc.) que se ven tentados por la posibilidad de tener sus propias publicaciones y así poder propagar sus ideas a círculos cada vez más amplios. Al adoptar como práctica la publicación continua de sus ideas, los grupos tradicionales modifican su identidad, así como la relación con otros grupos (Laclau, 2005). Tarde es categórico sobre este punto: “la prensa moviliza todo lo que toca y vivifica” (Tarde, 2013, p. 100); dentro de lo que transforma están, como veremos en el apartado siguiente, los medios y estrategias de conducción.

3. El arte de conducir a través de la prensa

A medida que se expanden las nuevas tecnologías relacionales, que se amplían las redes de transporte y los medios de comunicación se desarrollan, aumenta la potencia de la que los líderes disponen para influir sobre otros. Nuestro autor estaba impresionado por el modo en que, en comparación con el uso de un recurso clásico como la oratoria, la prensa había acrecentado el radio de alcance de la acción sugestiva y no dejaba de remarcarlo: si mediante la “simple elocuencia” veinte oradores eran capaces de gobernar, en la antigüedad, a una ciudad de dos mil ciudadanos, en las sociedades de fines de siglo XX, con veinte periodistas podía llegar a gobernarse, en algunos casos, cuarenta millones de hombres (Tarde, 1889).

Cual genealogista, eludió las periodizaciones y criterios de corte usuales en la historiografía y prefirió atender, como anticipamos, a un acontecimiento en particular: la invención del periódico y la transformación radical que su difusión había significado en relación con la comunicación de las opiniones y la persuasión política. No dudó en presentarla como un verdadero quiebre en la temporalidad histórica. Operativa en varios de los desarrollos que atañen a la organización social de la imitación al problematizar, tanto en *La opinión y la multitud* como en el capítulo XI de *Les transformations du pouvoir*, el “gobierno de la opinión” Tarde deja en suspenso la clásica matriz “comunidad-sociedad” (o, en una de las reformulaciones que surgen de su obra, la díada “imitación costumbre-imitación moda”) para hacer del par “masa-público” la cifra del cambio social.

Así, como hemos anticipado, a contrapelo del portentoso interés científico y político que la masa despertaba a fines del siglo XIX, Tarde la consideró una agrupación social del “pasado”. Ahora bien, el pretérito al cual la masa correspondía no era “uno” sino “varios”: era el “pasado reciente” (un pasado que se proyectaba hasta bien entrada la modernidad) de las agrupaciones humanas cuya extensión y capacidad de acción (colectiva) dependían, exclusivamente, de la potencia del cuerpo; más específicamente, del alcance de la “voz” y la “mirada” del *meneur* (no menos que del “oído” y la “vista” de aquellos a los iban dirigidos las emisiones sugestivas). Y, a juzgar por la procedencia de la retórica, esto es, de la técnica a la cual sus líderes apelaban para dirigirla, la masa se correspondía, asimismo, con otro “pasado anterior” que se remontaba a la antigüedad griega y latina.

Mientras Gustave Le Bon, en el intento de rearmar a las elites frente a las masas, aun depositaba cierta esperanza en la retórica²², ponderando las circunstancias en las cuales dicha técnica había emergido y se había desarrollado, Tarde se mostraba perplejo frente al anacronismo del que adolecía, hacia fines del siglo XIX, el arte de la persuasión política. Él mismo explicaba porque, para aprender y mejorar su performance, los líderes solo contaban con reglas formuladas en atención a escenas de conducción que estaban pasadas de moda: un orador profiriendo un discurso de una sola vez en presencia de

²² Le Bon albergaba la esperanza de que la “psicología de las masas” favoreciera el surgimiento de líderes capaces de dirigirlas. En un esfuerzo encaminado a realizar dicho anhelo, se preocupó por incluir, ya en su *Psicología de las masas* (1986), una serie de recomendaciones que esbozan una “pedagogía del príncipe”, tarea que continuaría y profundizaría en su libro *La psicología política y la defensa social* (1912).

una audiencia demarcada físicamente por los límites que imponían el alcance de su voz y de su mirada.

Y tal era la escena que, en efecto, Le Bon tenía en mente cuando aconsejaba a los líderes parlamentarios que para manejar hábilmente a las masas debían tener “una especial elocuencia, compuesta por afirmaciones enérgicas e imágenes impresionantes, encuadradas dentro de razonamientos muy sumarios” (1986, p. 139). Al afamado intelectual no se le pasó por alto la posibilidad de que los periódicos llegaran a subrogar, en un futuro no muy lejano, la función directiva de los líderes, pero entendía que esa sustitución nunca sería completa. Es que Le Bon estaba alarmado por la orientación radical que habían asumido los levantamientos de masas en Francia y pensaba que, para volver al orden, era imprescindible la presencia de un líder fuerte que contuviera, si hacía falta con mano dura, las expectativas democráticas de la plebe.

A diferencia de este último, la sensación de amenaza que le suscitaban las masas revolucionarias no impulsó a Tarde a alentar la aparición de hombres fuertes bendecidos con el don de la elocuencia. Partiendo del supuesto de que los liderazgos podían ser tanto autoritarios como democráticos, el sociólogo se dedicó a descifrar el modo en que el periódico, un discurso largo y complejo, conseguía alinear las creencias y deseos de los individuos en torno a ciertas ideas rectoras.

Constituido a lo largo del tiempo mediante la acumulación de notas, al enlazar a un número incalculable e indefinidamente extensible de lectores, tanto entre sí como con el periodista o comité de redacción que las firmaba, el periódico revelaba la productividad teórica del concepto de imitación, el cual –y en ello radica, claro está, su contemporaneidad– ampliaba el registro de configuración de la dinámica social, permitiendo pensar en la dimensión “virtual” de los lazos.

Asimismo, la eficacia comunicacional que la prensa había adquirido en la sociedad de su tiempo, constituía una prueba irrefutable del carácter, digamos, “vehicular”, que Tarde atribuía al lenguaje. Con ello nos referimos al enorme poder que el mismo detentaba como medio privilegiado para toda expansión imitativa. Si bien la facultad mimética había comenzado a desarrollarse con anterioridad a la aparición de la palabra, manifestándose, a decir del autor, bajo la forma de una suerte de “electrificación magnética”, instrumentalizando, seguidamente, el universo de la comunicación gestual, la configuración del hábito de la comunicación verbal había conferido a la imitación una fuerza irresistible. En tanto el lenguaje habilitaba la reproducción del “lado

oculto” (Tarde, 2011a, p. 317) de los modelos vivientes, esto es, de los deseos y creencias, en gran medida inconscientes, su potencia como medio de gobierno era imbatible.

Al posibilitar la comunicación de opiniones a la distancia, el periódico había convertido la sugestión en algo más complejo y sutil que aquello que sucedía en la co-presencia espacial del orador y su audiencia.

Más complejo, sí, porque el líder de otrora profería su discurso frente a una audiencia compuesta por hombres que, sustraídos momentáneamente a otras influencias ambientales, y sumidos en “una especie de sueño artificial y colectivo”, contemplaban con los “ojos fijos” como aquel desarrollaba su visión (Tarde, 1889). En cambio, los periodistas debían hacerse escuchar entre los múltiples focos de emisión que se disputaban los oídos de un conjunto extenso y disperso de individuos, haciendo prevalecer su voz frente a otras sugerencias antagonistas de modo de formar y de mantener a lo largo del tiempo “su” público.

Más complejo, también, porque a pesar de la brevedad y fugacidad de su parlamento, el orador podía contar con que él mismo alcanzara una real profundidad en vistas tanto al relativo aislamiento en que se encontraba sumida su audiencia como al efecto de contagio que el mutuo contacto generaba entre sus miembros. Sujeto a la competencia con otras fuerzas sugestivas y privado de la caja de resonancia que significaba el aplauso de la tribuna, para conseguir el tipo de influencia duradera y tenaz que lo caracterizaba un periódico necesitaba tiempo²³. Así, hacía falta una malla espesa de artículos, en los que voces diversas repitieran, a lo largo de meses o años, lo que en el discurso público de antaño era una “simple frase”, para sugerir una impresión a un público particular.

La persuasión que el periódico ejercía era, al mismo tiempo, más sutil que aquella muy viva e intensa, pero a la vez pasajera, a la que se referían los tratados de retórica. Ello en virtud de las condiciones de dispersión y relativo aislamiento en la que estaba cada uno de los individuos a los que aquel llega-

²³ Vale la pena remarcar que, en la perspectiva del autor, el contagio no era un fenómeno privativo de las masas, sino que también podía verificarse entre los integrantes del público, desde el momento en que estos se consideraban partícipes de aquella forma despersonalizada de prestigio que irradiaban los periódicos, a la que Tarde (2013) denominaba “actualidad”. Hoy mismo los medios de comunicación masiva pueden contar con que la potencia de su discurso se vea apuntalada por la sensación, compartida entre los integrantes de sus audiencias, de “estar informados”.

ba. De este modo, cada uno experimentaba el golpeteo débil, pero insistente, de la “simple frase” que iba engarzada en cada nota que leía. Pero también por el hecho de que, disciplinados al punto de vigilarse a sí mismos, los lectores se creían ajenos a la influencia persuasiva del amo al que los periodistas servían de semblante; cuando en realidad continuaban unidos a él a través de hilos más resistentes en cuanto invisibles.

Experto en demoler ilusiones colectivas, Tarde se refirió, tempranamente, a los mecanismos a través de los cuales los individuos interiorizamos los medios de dominio, cooperando, de ese modo, para nuestro propio gobierno:

Nosotros comenzamos de niños, de adolescentes, a sentir intensamente la *acción de las miradas del prójimo* [...]. Solo luego de haber sufrido y hecho sufrir durante años esta acción impresionante de la mirada, es que nos volvemos capaces de estar impresionados incluso por el *pensamiento de la mirada del prójimo*, por la idea de que somos el objeto de atención de personas alejadas de nosotros. De la misma manera, ocurre luego de haber conocido y practicado largo tiempo el poder sugestivo de alguna voz dogmática y autoritaria escuchada de cerca, que alcanza la lectura de una afirmación enérgica para convencernos y que, inclusive el siempre conocimiento de la adhesión de una gran cantidad de nuestros semejantes a ese enjuiciamiento nos dispone a juzgar en el mismo sentido (Tarde, 2013, p. 88)

Ciertamente, la comunicación periodística presupone la existencia de individuos capaces de pensar lógicamente, más “evolucionados” mental y socialmente que aquellos que conformaban las multitudes (Tarde, 2013). De allí que la sugestión que esta vehiculizaba resultaba más “intelectual” que aquella que dependía de modalidades personalizadas de la conducción. Sin embargo, tampoco escapaba a la incidencia de factores irracionales, reproduciendo, en su funcionamiento, algo de su pasado. En ese sentido, el sociólogo francés no dejó de llamar la atención sobre aquellos aspectos de las técnicas de la comunicación periodística y del propio oficio del periodista que evocaban la práctica de la hipnosis y la figura del hipnotizador, tanto por el modo en que atraían la atención del público hacia determinados objetos, como por la forma en la que, con la finalidad de suscitar ciertas conductas, maneras de pensar o sentir, instrumentalizaban sus deseos y creencias.

Todo periódico tiene su atracción principal y esa atracción, puesta de relieve cada vez más, fija la atención de la totalidad de lectores, los cuales que-

dan hipnotizados por su brillo. [...] Con ese cebo, el periodista lo conduce, según su corazón, a donde le place” (Tarde, 2013, p. 96).

Consciente del rol que la mentira y el engaño desempeñaban en la persuasión política, en el capítulo IX de *Les transformations du pouvoir*²⁴ procuró echar luz sobre algunas de las estrategias que los periódicos empleaban para imponer a los lectores, de manera disimulada, su visión del mundo. Se refirió al poderoso atractivo que significaba la diversificación de las materias a las que aludían las notas. Como la prensa se dirigía a un público más diverso que aquel que componía una audiencia reunida frente a un orador, debía preocuparse por satisfacer dicha diversidad. Ello se conseguía insuflando “variedad” al contenido de un mismo pasquín, pero también mediante estrategias que presuponían una suerte de “costumización” de los consumos informacionales. En este sentido, el autor aludió al modo en que, con la finalidad de capturar al público, un mismo partido apelaba a comunicar sus ideas y propósitos a través de diversos periódicos, algunos de los cuales servían el “plato principal” y otros las “golosinas”; respondiendo, unos y otros, a siglos y clases diferentes de lectores (Tarde, 1889).

No dejó de considerar, tampoco, el uso que, bajo tal espectáculo de variedades, los periodistas hacían del viejo mecanismo de la “repetición” insistiendo, en lugar de argumentar, en torno de las mismas ideas, calumnias o quimeras. Como saldo de tales maniobras se producía en el lector una especie de “alucinación” que el autor describe en los siguientes términos:

A la larga su lector se alucina, no ve anda ni en el pasado si en el presente que no esté refractado y distorsionado y de esas visiones mendaces de cosas se compone una noción esencialmente falsa pero sistemática del mundo, de la cual emana un impulso inconsciente e irresistible hacia un cierto objetivo (Tarde, 1889, pp. 235-236).

Sabemos que, consciente de la eficacia persuasiva de la repetición, entre otras estrategias, Le Bon no manifestó escrúpulo alguno en alentar a los líderes a

²⁴ Resulta significativo que Tarde haya incluido a la “enseñanza” en el capítulo dedicado al arte de la política, rama en la que también incluye a la retórica política y a la comunicación de ideas a través del periódico; inclusión que la convierte, en palabras del autor, en una “variedad del arte de mentir” (1889, p. 238). Unos años después, en su escrito *Análisis terminable e interminable*, Freud (1937/2013) acercaría la enseñanza a la política y al psicoanálisis, para resaltar menos el “arte del simulacro” en el que cada una de esas actividades encontraba apoyo, que el modo en que el fracaso estaba inscripto, de antemano, en cada una de ellas.

usarla con el propósito de engañar a las masas. Por el contrario, varios de los escritos tardeanos que aquí revisitamos trasuntan cierta inquietud frente a la “inmoralidad” de los procedimientos y recursos a los que los periódicos echaban mano para seducir al público. Frente a la refinada perversidad y audacia que trasuntaban las maniobras periodísticas, las cuales no excluían mentiras ni calumnias, los fraudes y trucos recomendados en los viejos tratados de retórica, resultaban ingenuos y hasta infantiles (Tarde, 1899)²⁵.

A diferencia de Le Bon, el jurista de Sarlat no propuso, en su obra, técnicas para gobernar a los públicos. Pero, sorprendido por el modo mayormente intuitivo con el que desde 1789 venía formándose la opinión, consideró necesario avanzar en la sistematización de la experiencia acumulada desde entonces por un sinnúmero de periodistas eminentes, de manera de extraer de ella las reglas generales de lo que constituía, en su visión, un nuevo arte: el “arte de la propaganda política”.

Aunque los trabajos dedicados a la historia propaganda política no suelen mencionarlo, no caben dudas de que, a partir del contrapunto que estableció entre el discurso periodístico y la oratoria, no menos que de las agudas reflexiones que dedicó a la cuestión del público, el autor contribuyó a escribir uno de los capítulos iniciales de tal historia. Pero su contribución al desarrollo de ese campo también consistió en puntualizar la existencia, hacia fines del siglo XIX, de una “zona de vacancia” en relación con la racionalización de la comunicación política; déficit que en las décadas subsiguientes a la publicación de *Les transformations du pouvoir* (y, en especial, en el período de entreguerras) no tardaría en ser colmado.

Reflexiones finales

En las últimas décadas asistimos a una vuelta celebratoria a los textos de Gabriel Tarde. Rescate y puesta en valor de la obra de un pensador que había quedado por mucho tiempo al margen de la teoría social. Esta relectura vino acompañada de la reedición en idioma original de su obra, así como de la creciente traducción de sus textos al inglés, español, ruso, etc.

Sin embargo, sus desarrollos en torno a la problematización de la conducción, en general, y a la figura de los líderes, en particular, ha sido una de las

²⁵ Tal inquietud resulta consonante con la importancia que, en vistas a la evolución social, el mismo confería a la “invención moral”, a la cual entendía como una forma de producción ligada al aumento de la “justicia” en la vida social (Tarde, 1889).

facetas menos exploradas. Como tratamos de evidenciar a lo largo de este artículo, lejos de ser una cuestión menor, la relación de conducción desempeña un papel basal en el marco de su teoría sociológica. Es precisamente en los vínculos de dirección, incluyendo dentro de ellos la relación de mando-obediencia, que Tarde sitúa la posibilidad misma de constitución de todo grupo social: así, en la genealogía de toda relación social encuentra la imposición de una voluntad (la del conductor en sus diferentes manifestaciones) sobre otra (la del conducido).

Sin negar la asimetría ínsita en la diferencia de posiciones que entraña tal relación, en donde un elemento funge como foco de irradiación de ejemplos que un segundo elemento copia, el sociólogo no dejó de iluminar el hecho de que, aun en las formas autoritarias de imitación, la obligación se entrelaza con sentimientos de admiración y amor y con una importante dosis de confianza. Tampoco se le pasó por alto, como vimos, el hecho de que las formas verticales y autoritarias de conducción solían encontrar en la auto-sugestión y el contagio entre pares puntos de apoyo importantes.

Interesado en enfatizar la reversibilidad de la cual eran pasibles los vínculos de imitación, se ocupó de identificar las condiciones que, en las sociedades post-tradicionales, disminuían la intensidad de las corrientes sugestivas y hacían posible un cambio de roles. Al echar luz sobre aquella posibilidad como sobre la mezcla de factores lógicos y extra-lógicos que reviste la imitación, los escritos de Tarde destituyen algunas de las oposiciones que atraviesan, históricamente, la reflexión sobre el liderazgo (el cual ha tendido a considerarse como social “o” individualmente condicionado; fundado sobre factores racionales “o” sobre factores irracionales, etc.), contribuyendo, de ese modo, a de-sustancializar su estudio.

Sin restar importancia a aquellos hombres, en algún sentido excepcionales, que daban impulso a la fuerza de reproducción ínsita en el devenir de la historia (abriendo nuevas salidas a la actividad del hombre, reanimando el fervor popular, tanto como seleccionando, entre la multiplicidad de invenciones y descubrimientos que acostumbra a permanecer en las sombras aquellos que resultan más apropiados para generar confianza pública), el sociólogo hizo mucho para desmitificar la figura del genio. Erradicó, de cuajo, la posibilidad de un ejemplo surgido de la nada y, lejos de oponer el genio individual a la determinación social, insistió sobre el hecho de que toda invención condensaba múltiples voces e ideas, presentes, pasadas y posibles (virtuales).

De ese modo, en su insistencia respecto del carácter plural y proliferante que las corrientes imitativas revisten a partir de la modernidad, así como de la

precariedad de las jerarquías delineadas a partir de las direcciones que tales flujos asumen, la teoría tardeana tiende a disolver el ordenamiento estable y fijo de la voluntad que supone la distribución entre fuerzas que atraen y fuerzas que resultan atraídas, fuerzas transmisoras y fuerzas receptoras, en la coexistencia “cooperativa” de múltiples fuerzas sugestivas. Elaboraciones de ese tenor son las que autorizan lecturas, como la deleuziana, que encuentran en la obra de Tarde elementos para difundir la anarquía.

Tal clase de acentuación resulta, sin embargo, paradójica, teniendo en cuenta que, como vimos, el anarquismo era uno de los blancos de ataque predilecto de un autor que, además, veía con muy malos ojos las situaciones de desórdenes en las que los líderes sucumbían al encanto de las multitudes.

Es que Tarde nunca dejó de preocuparse por la cuestión del orden y la estabilidad social, llegando a afirmar en el capítulo 3 de sus *Leyes de la imitación*, que para que una sociedad fuera estable era necesario que la forma “en cascada” (esto es, desde arriba hacia abajo) de las imitaciones no desapareciera totalmente.

Convocado a pensar la reconfiguración que la democratización de la mimesis había traído aparejada para el ejercicio del poder, al referirse a la modulación crecientemente “personal” que esta asumía en la modernidad como al rol que desempeñaba la variación (de temas, matices ideológicos, etc.) en las estrategias persuasivas de la prensa, el autor llamó la atención acerca de lo que, en términos actuales, podríamos llamar la “costumización” de la sujeción, esto es, sobre el desarrollo de un “arte de la mimesis” que, comandado tanto interna como externamente, resulta cada vez más poroso a las diferencias individuales.

Si tenemos la precaución de considerar tal énfasis en la “individualización” y “pluralización” de la mimesis, de manera conjunta con la crítica que el autor dirigió a la ficción del sujeto auto-motivado, es posible señalar que él mismo se revela como un observador temprano (muy anterior, por ejemplo, a los autores de la escuela de Frankfurt), de la productividad que ciertos mecanismos psicológicos (como los procesos de identificación y el narcisismo), tienen para el gobierno de los públicos y la generación del orden social.

Asimismo, por la precisión del diagnóstico y la ironía que destilan, sus reflexiones acerca de la personalización de la imitación y al modo en que la segmentación de las audiencias intensifica la potencia persuasiva de los periódicos, pueden ser válidamente integradas en los debates actuales acerca del neoliberalismo y el marketing político.

Last but not least, nuestro autor realizó, muy tempranamente, aportes en torno a la construcción y al rol de los líderes de opinión, a las transformaciones en las tecnologías que vehiculizan las prácticas de conducción y a los mecanismos psicológicos que sostienen la relación del líder con los individuos y grupos que lo siguen que están en el corazón de los debates que en la actualidad giran alrededor de tópicos como el resurgimiento de los populismos, la personalización de la política, la sociedad del espectáculo, los análisis relativos a la transformación del discurso político, etc. ❧

Referencias bibliográficas

- ALLIEZ, É. (1999). Presentation. Tarde et le problème de la constitution. *Monadologie et sociologie* (pp- 9-31). Institut Synthélabo pour le Progrès de la Connaissance.
- BLANCO, A. (2016). De la monadología a la microsociología. Rastreado supuestos ontológicos en los textos de Gabriel Tarde. En H. Borisonik et ál. (comps.) *Artículos seleccionados de las VIII Jornadas de jóvenes investigadores del IIGG* (pp.19-38). CLACSO.
- BODEI, R. (2006). *Destinos Personales*. El cuenco de Plata.
- BORCH, C. (2012). *The Politics of Crowds: An Alternative History of Sociology*. Cambridge University Press.
- COCCIA, E. (2011). *La vida sensible*. Marea.
- DEBAISE, D. (2008). Une métaphysique des possessions. *Revue de métaphysique et de morale*, 60(4), 447-460.
- DELEUZE, G. (2009). *Diferencia y Repetición*. Amorrortu Editores. (Original publicado en 1968).
- DELEUZE, G. (2014). *El poder. Curso sobre Foucault*. Cactus. (Original publicado en 1968).
- DELEUZE, G. Y GUATTARI, F. (2002). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pretextos. (Original publicado en 1980).
- FOUCAULT, M. (1996). *La vida de los hombres infames*. Buenos Altamira.
- FREUD, S. (2013). *Obras completas*. Amorrortu. (Original publicado en 1937).
- GEROULANOS, S. (2014). The Plastic Self and the Prescription of Psychology: Ethnopsychology, Crowd Psychology, and Psychotechnics, 1890-1920. *Republics of Letters: A Journal for the Study of Knowledge, Politics, and the Arts*, 3(2), 1-31. <http://arcade.stanford.edu/rofl/plastic-self-and-prescription-psychology>
- JOSEPH, I. (1984). Gabriel Tarde: le monde comme feerie. *Critique*, 445-446, 548-565.
- KARSENTI, B. (2010). Imitation. Returning to the Tarde-Durkheim debate. Candea, M. (ed.) *The Social after Gabriel Tarde. Debates and assessments* (pp. 44-61). Routledge.

- LACLAU, E. (2010) *La razón populista*, Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- LATOUR, B. (2002). Gabriel Tarde and the End of the social. <http://www.bruno-latour.fr/sites/default/files/82-TARDE-JOYCE-SOCIAL-GB.pdf>
- LATOUR, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Manantial.
- LATOUR, B. Y LÉPINAY, V. (2009). *La ciencia de los intereses apasionados. Introducción a la antropología económica de Gabriel Tarde*. Manantial.
- LAZZARATO, M. (1999) Postface. Gabriel Tarde : un vitalisme politique. En Tarde, G. *Monadologie et sociologie*, (pp. 103-150). Institut Synthélabo pour le Progrès de la Connaissance.
- LAZZARATO, M. (2010). *Políticas del acontecimiento*. Tinta Limón.
- LAZZARATO, M. (2018). *Potencias de la invención. La psicología económica de Gabriel Tarde contra la economía política*. Cactus.
- LAZZERI, C. (2016). La contagion des émotions entre psychologie sociale et sociologie, de Le Bon à Durkheim. *Problemata*, 7(3), 133-156.
- LE BON, G. (1912). *La psicología política y la defensa social*. Librería Gutemberg.
- LE BON, G. (1986). *Psicología de las masas*. Morata. (Original publicado en 1895).
- MILET, J. (1972). Gabriel Tarde et la psychologie sociale. *Revue française de sociologie*, 13(4), 472-484.
- MOSCOVICI, S. (1981). *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas*. Fondo de Cultura Económica.
- MUCCHIELLI, L. (2000). Tardomanía? Réflexions sur les usages contemporaines de Tarde. *Revue d'Histoire des Sciences Humaines*, 2 (3), 161-184.
- NOCERA, P. (2011). Presentación. En los intersticios de las disciplinas. Gabriel Tarde y los orígenes de la sociología francesa. En G. Tarde, *Las leyes de la imitación y la sociología*. (pp. 13-119). Centro de investigaciones sociológicas y Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado.
- NOCERA, P. (2013). Gabriel Tarde y las formas elementales del espíritu público. En G. Tarde, *La opinión y la multitud* (pp.12-81). Urbanita.
- SALMON, L. (2005). Gabriel Tarde et l'Affaire Dreyfus. *Champ pénal/Penal field [En ligne]*, 2. <https://doi.org/10.4000/champpenal.447>
- SAZBÓN, D. (2014). Introducción. En G. Tarde, *Ensayos sociológicos. Vol.1: La sociología criminal y las muchedumbres* (pp.9-40). Prometeo.
- SOURIAU, É. (2017). *Los diferentes modos de existencia*. Cactus. (Original publicado en 1943)
- TARDE, G. (1899). *Les transformations du pouvoir*. Felix Alcan.

- TARDE, G. (2011a). *Las leyes de la imitación y la sociología*. Centro de Investigaciones sociológicas y Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado.
- TARDE, G. (2011b). La invención considerada como motor de lo social. En *Creencias, deseos, sociedades* (pp.69-86). Cactus. (Original publicado en 1902)
- TARDE, G. (2011c). La idea de oposición. En *Creencias, deseos, sociedades*. (pp. 87-116) Cactus. (Original publicado en 1897).
- TARDE, G. (2013). *La opinión y la multitud*. Urbanita.
- TARDE, G. (2015a). Los crímenes de las muchedumbres. En G. Trade, *Ensayos Sociológicos*, (vol. 1, pp. 87-118). Prometeo. (Original publicado en 1892).
- TARDE, G. (2015b). Muchedumbres y sectas desde el punto de vista criminal. En G. Trade, *Ensayos Sociológicos*, (vol. 1, pp. 41-86). Prometeo. (Original publicado en 1893).
- VAN GINNEKEN, J. (1992). *Crowds, psychologie & politics, 1871-1899*. Cambridge UP.
- VARGAS, E. (2000). *Antes Tarde do que nunca. Gabriel Tarde e emergência das ciências sociais*. Contra Capa livraria.
- ZOURABICHVILI, F. (2003). Préface. Le pouvoir en devenir: Tarde et l'actualité. En G. Tarde *Les transformations du pouvoir* (pp. 7-37) Les empêcheurs de penser en rond.